



El hospital de los dormidos

Una aventura de Plinio
Francisco García Pavón

Una insólita epidemia se cierne sobre Tomelloso. Los campos y las calles comienzan a poblarse con los cuerpos inconscientes de hombres maduros que nadie es capaz de despertar. Y cuando finalmente abren los ojos aseguran no recordar lo que les ha pasado.

Plinio, jefe de la Guardia Municipal, y su inseparable don Lotario no tardan en advertir que los dormidos sonrían plácidamente mientras sueñan y que todos ellos llevan el pelo pulcramente peinado y engominado. Dos aspectos de los que irán tirando poco a poco hasta desentrañar las causas de un misterio que conmueve a La Mancha.

Ambientada en la Transición política, *El hospital de los dormidos*, última novela de esta saga protagonizada por el primer gran detective de la Literatura española, vuelve a mezclar magistralmente la intriga y el misterio con el sentido del humor. Publicada por primera vez hace treinta años y nunca reeditada desde entonces, García Pavón se despide de sus personajes con una historia realista de tintes fantásticos en la que vuelve a hacer gala de su potencia narrativa y la brillantez de su lenguaje.

PRÓLOGO

Yo siempre tuve la vaga idea de escribir novelas policíacas muy españolas y con el mayor talento literario que Dios se permitiera prestarme. Novelas con la suficiente suspensión para el lector superficial que sólo quiere excitar sus nervios y la necesaria altura para que al lector sensible no se le cayeran de las manos.

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

PLINIO, SIEMPRE QUE EN VERANO caminaba hacia el Guadiana, recordaba sus años mozos, cuando al caer la tarde, en tartana o bicicleta, iba con los amigos a los molinillos que se despatarraban sobre el río...

Las primeras líneas de *El hospital de los dormidos* (1981) ya nos hablan de una despedida. Los años mozos han quedado atrás, muchos de los mejores amigos están lejos —algunos se fueron sin despedirse—, y ni siquiera los lugares que frecuentábamos entonces siguen siendo como eran antes. El Guadiana ha desaparecido, y los avances en agricultura y ganadería están cambiando —han cambiado— la vida en el campo...

A través de su personaje, Manuel González, alias Plinio, el escritor Francisco García Pavón inició una lucha contra el tiempo, reivindicando de forma romántica la vida en los pueblos de La Mancha. Puede que la vida allí no fuese próspera y, quizás, la llanura del terreno y un sol de justicia castigaran la piel, pero nunca faltaban la buena comida, las mujeres saludables, tabaco para compartir o el sentido del humor, esa retranca tan típica de allí; porque La Mancha es una tierra donde se adaptan mejor los soñadores que los héroes. Lo dice la experiencia. ¡Qué remedio!

Esa lucha contra el tiempo, que ha sido, en buena medida, el hilo conductor de toda su obra, es en *El hospital de los dormidos* algo más enconada: si bien las circunstancias políticas y sociales de España —la Transición— anuncian cambios acelerados; García Pavón, como no podía ser de otra manera, nos habla de lo que mejor conoce, de lo que le apasiona, Tomelloso y sus pueblos colindantes. La gran virtud de la novela está en componer un fresco inteligente de la sociedad española con tan pocos elementos.

Nos describe con todo lujo de detalles sus comidas comunales, la picadura que con tanto gusto fuman Plinio y su ayudante, Lotario; cuenta sobre costumbres, tipos, personajes y parajes... de forma tal que todo lo demás (UCD, Suárez, el Rey, las nuevas costumbres de la juventud) pasa a componer una discreta música ambiental. Debido a la elegancia con que García Pavón hace ese retrato de fondo, podríamos confundir la nostalgia con ensimismamiento, pero el lector atento encontrará un sutil fresco de la España de la época, que quiere ahorrarse las obviedades y las alusiones directas.

Con gusto cervantino, con pasión por la fraseología y los dichos populares, con prosa exquisita y melancólica, el escritor nos guía por un argumento de misterio donde lo de menos es esclarecerlo —y conseguiremos desvelarlo aceptando una premisa alucinada, fantasiosa, llena de humor— y, lo de más, seguir el itinerario de los investigadores

por los caminos, y acompañarles por donde derivan, por donde se desvían y por donde se pierden, conocer a aquellos con quienes se encuentran y a aquellos con quienes comparten mesa... El autor sabe escapar al corsé racionalista que impone la trama, para convertirla en algo imaginativo, presentarnos a los personajes, detenerse en las pequeñas conversaciones y dejarnos disfrutar de su peculiar cotidianidad.

Puede que Francisco García Pavón se estuviese dando cuenta de que ésta iba a ser su última novela. Quizás pensara que los tiempos cambiaban rápido, pero él quiso mantenerse fiel a su estilo literario. Suele pasar con los autores que han tenido que lidiar con la censura: se ven obligados a buscar metáforas para abordar los problemas. Por eso, en un entorno tan cambiante, el de una sociedad que caminaba hacia la libertad, García Pavón prefiere eludir literalidades y dejarse llevar por la fantasía: por los caminos aparecen hombres profundamente dormidos... Pero no sufren, porque duermen de placer.

El hospital de los dormidos queda como testimonio de un tipo vida rural, abocada, irremediablemente, a su extinción, pero también como el despertar incierto, que no inquietante, a una nueva vida, a nuevas posibilidades...

Propongo al lector que afronte la lectura como si fuese un paisano más de Tomelloso; que acepte reunirse con un buen amigo para degustar una tajada de queso acompañada con unos cuartillos de vino y un cacho pan, y que después compartan su «caldo» en generosos cigarros. Cuando esa noche, satisfechos, con la panza bien llena, caigan redondos y tengan felices, muy felices sueños, verán que ha valido la pena dedicarle la tarde a Plinio.

DAVID G. PANADERO

Para Cristina Soubriet, Fernando Guillermo
de Castro y Fernando de Castro Soubriet,
con los tres abrazos de cada día.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PRIMER DORMIDO

*P*LINIO, SIEMPRE QUE EN VERANO caminaba hacia el Guadiana, recordaba sus años mozos, cuando al caer la tarde, en tartana o bicicleta, iba con los amigos a los molinillos que se despatarraban sobre el río, en busca del agua casi fresca, que pasaba cantandillo bajo las sombras de los álamos. Sus momentos de mayor goce de la naturaleza siempre le parecieron los baños en el Guadiana, cuando con los ojos abiertos bajo el agua veía claridades diluidas y rotas por su propio braceo.

El trago de vino a su hora, el son de las esquilas del ganado que volvía al redil al acostarse el sol, el cigarro a punto o las tetas de una moza saltando sobre las sábanas recién planchadas, fueron otros gozos muy saboreados entonces..., pero sólo de unas partes del cuerpo. Pero lo que se dice gusto completo, desde el cogote a los talones, entre risas y árboles: sus baños de mozo en el Guadiana estrecho que pasaba por aquellos molinos.

Y sonrió para sus adentros al recordar que nunca se bañó con su mujer pecho a pecho y nalga a nalga. Quién iba a pensarlo en aquellos tiempos que no había más moral que la de la carne fría. Y hubiera estado muy bien un baño

de novios en San Juan, en Santa María o en El Molino del Curro, saltando los dos entre las ondas en cueros vivos y viéndose en la frente las pizcas de sol que filtraban las hojas de los árboles. Seguro que su hija lo habría hecho muchas veces en el mar. La imaginaba nadando con el culo al sol —su culo «culete» tan querido— ante el marido, y los turistas indiferentes.

Cruzaron la estacioncilla de Cinco Casas, jubilada, como los jaráices caseros, las cuevecillas, los pozos, las cuadras y los horcates. Sin trenes con pitos, vagones viejos color almagre, y aquel jefe de estación —«¿Se acuerda usted, don Lotario?»— que despedía a los viajeros de todos los trenes meneando la dentadura postiza.

—Meneándola, no, Manuel, quitándosela y enseñándola con la mano en alto.

—Es verdad, don Lotario, como si le diera mucho gusto tener dientes mecánicos y enseñarle a los que se iban su boca hueca.

Ahora quedaban por allí vagones ya en desuso, hierbas entre algunos raíles laterales y oxidados... Y en aquel momento, un revolar de pájaros sobre el andencillo, como si estuviera al llegar alguna mercancía apetitosa.

Don Lotario, como no había quien le hiciera ponerse gafas de sol allí iba, apescado al volante, con el sombrero pegado a las cejas, los ojos arrendijados y aquella imitación de sonrisa que sacaba cuando no ocurría cosa. Ya por la carretera de Villarta, la llanura verde total, sin más lindero que el cielo, que allá donde se junta con lo verde, rezumaba agujas de agua a pesar de la calina, del sol con la calva grana y de algunos trigales trimesinos ya pajizos y con las espigas reverenciosas. «Quién iba a decir, hace nada, que estos sequeríos iban a verse así, tan lucidos y comerciales».

A unos nueve kilómetros de Villarta de San Juan se desviaron por la carretera de Los Llanos, camino de La Jarrina, de los tres Pérez, y de la Casa del Duende, que caía unos

cuatro kilómetros a la derecha, y que don Lotario le había comprado a su sobrino político Fernando *el Madrugaor*.

Plinio siempre salía al campo con muchísimo gusto, porque era como volver a los primeros compases de su vida. Pero cuando, como aquella tarde, salía a nada, se ensombrecía un poco, porque era señal de que no tenía que hacer en su despacho.

—A mí esto de salir al campo a nada, a mirarlo, me aburre más que un concierto de tambores —dijo en voz alta.

Y don Lotario, que se sabía la idea, le repitió lo de siempre:

—Pues no creas que en el pueblo ver todas las tardes a las siete a la Fernanda, en la esquina de la calle del Matedero, esperando a su marido, el que se marchó a la feria de Argamasilla el año que acabó la guerra y todavía está por venir...

—Es que le gustaban tanto los columpios que a lo mejor subió en ellos y no se ha bajado todavía.

—Si es verdad lo que contaban, en los columpios, en los caballitos o donde sea, se lo pasará bien con tal de no acostarse con ella, que por lo visto tiene el conejo tan estrecho que no le cabe un calambre. Ya sabes que la noche de bodas dejaron el colchón *empapao* de sangre y él tuvo la minga en cabestrillo qué sé yo los días.

—Cómo le gustan a usted las exageraciones del pueblo.

—Es lo único que me da el rayo de la risa.

Columbraron la Casa de la Ratona, pequeña y vieja, sin enjalbegar, como resto de otros agros y otras pobrezas. Don Lotario metió el coche por el caminillo de los álamos blancos, para mejor ojear las viñas, la alfalfa, la remolacha y el trigo.

—Y no me ha dicho usted muy bien a qué hemos venido.

—Pues que hace más de ocho días que no caigo por aquí y he perdido la cuenta del tiempo que falta para cortar

la alfalfa, porque Antonio, el caporal, siempre se pasa, y yo confundo un corte con otro.

Plinio alzó los ojos. A menos de un kilómetro se veía la carretera de Andalucía con sus cadenas de coches y camiones.

Se detuvieron ante la nave donde guardaban la maquinaria agrícola. Cada cual se bajó por su puerta. *Plinio*, removiéndose un poco los pantalones por semejante parte. Como ya conocía el lugar, y sabía lo que le gustaba, miró por orden hacia la pedriza un poco alejada, a la alberca, el jardinillo con rosales y aligustres, y la pareja de cipreses vigilantes, moviendo muy poquito los cucuruchos.

—Fernando no quiso quitar aquella encina —dijo don Lotario señalando hacia la viñeja— a pesar de que le comía el producto de ocho cepas.

—¿Y usted también la va a dejar?

—Pues sí. Es la única encina que tengo.

Mientras don Lotario se acercó a mirar si brotaba el reдроjo alfalfero, *Plinio* vio unos grajos que volaban desde los árboles hasta la nave, a cuya sombra estaba la segadora de alfalfa y la empacadora. Luego inició un paseillo hasta la quintería que tenía televisión, inodoro y algunas revistas de colorines. «Quién lo iba a decir: los gañanes con tele, frigorífico, revistas y agua corriente». Se echó un trago de vino de la botella que vio nada más abrir el frigorífico, se secó los labios con el pañuelo limpio que le dio la Alfonsa aquella mañana y relió el cigarro de cada hora. En la misma puerta se encontró con don Lotario, que volvía.

—¿Ya sabe cuándo se cumplirán los veintiocho días para eso de la alfalfa?

—Poco más o menos.

—¿Entonces qué hacemos?

—Como no quieras que nos bañemos en la alberca...

—Qué cosas tiene usted... Al venir me acordé de cuando mozo iba en bicicleta a bañarme junto al Molino de San Juan.

—Pues ahora ya no podrías bañarte allí, ni en todo el Guadiana hasta Argamasilla, por muy *sudao* que estés.

—Sí, ya sé que por el pantano desviaron las aguas por unos canalillos. Y digo que sé, porque creo que no me he asomado a los molinos desde hace treinta años.

—Ni yo.

—Pues si quiere usted, ya que no tenemos mejor cosa que hacer, nos damos una vuelta por allí.

—Pues venga. Y así recuerdas tus baños de mocete.

—El baño de río y no digamos el de laguna, me gustaba mucho. Y claro, lo que más, al salir del agua, secarse al solecillo del final de la tarde y hacer la merienda-cena bajo los olmos, sin que parase la bota de vino. Y luego, bien fresquitos, volver por la carretera, a la luz del farol de la bici, cantando las cosas de entonces: «*Dónde se mete / la chica del diecisiete / de dónde saca / pa tanto como destaca*».

—¡Hale, Manuel cantando! No te oía cantar desde que nació Pepito Bolós.

—Qué *exagerao*.

—Venga, vámonos, que Antonio no sé dónde para... Mira, Manuel, ya están ahí las dos perdices. Aquí sólo se ven dos perdices. No sé si es que se turnan o son las de siempre. Nunca he visto tres o cuatro. Codornices sí que hay bastantes en estos alfalfares.

—Alfalfares. Como soy así tan añorante, me gustan más las viñas que la alfalfa, y todas estas plantas de regadío.

—Lo mismo dirían los pastores antiguos cuando empezaron a plantar viñas por estas tierras de monte y trigo.

—Ya.

Con el sol de espaldas, desrodaron el camino. Pasada Argamasilla, se desviaron por la carretera de Ruidera. Frente a La Alvesa, en los canales del Pantano, se bañaban dos extranjeros. Uno rubio con las gafas puestas. Llevaban bañadores de colorines y, junto a la cuneta, tenían unos mochilones enormes.

—Fíjate, ingleses bañándose en el Guadiana, aunque esté envasado en cemento.

—O a lo mejor son de Villarrobledo, don Lotario. No presume usted de saber de dónde es la gente por el color de los calzoncillos, que el otro día vio mi hija a Julia, la que fue monja, con unos pantalones vaqueros metidos en las dos rajas del culo.

—Todo se acaba. Con los curas y las monjas va a pasar lo que con los paipays, que ya ni se fabrican.

—Es que ha sido mucha historia... Que se ha pasado usted, don Lotario. El camino es aquél.

—Ah, es verdad. Creí que te referías a lo de los curas.

Aguardaron a que pasaran dos coches para dar la vuelta y meterse por el camino del Molino de San Juan, que sigue tan malo como en los años 30.

—Pero oye, no se ve el molino. Y mira que está esto desarbolado. Quién te ha visto y quién te ve, molino de San José.

—De San Juan.

Aparecieron unos chicos con cara de Peinado, montados en bicicletas. Don Lotario detuvo el coche, que por lo malísimo del camino llevaba a veinte por hora:

—Oye, chico, ¿dónde está el molino?

—Se hundió hace mucho tiempo.

—No te digo...

Dejaron el coche junto a la casa de campo de los Peinados y subieron hasta la ribera del que fue río. Entre las hierbas secas había dos muelas de piedra blanca como único resto del molino. Anduvieron unos pasos muy despacio. Vieron restos del *ladrón*. Habían desaparecido muchos árboles de las orillas, y todos los juncos. Abundaban troncos tumbados y medio podridos y hoyos de árboles que fueron. Lo único verde y fresco que quedaba en aquellas márgenes jubiladas eran zarzamoras. Hasta pocos años antes, según les contaron luego, corrió algún agua por aquel lecho, pero el molino se hundió mucho antes.

Después de caminar unos metros más se detuvieron con las barbillas caídas:

—¿Qué, qué me dices, Manuel?

—Hasta esto.

—Hasta esto, ¿qué?

—Que hasta esto puede quedarse tan inútil como la vida de un hombre.

—No dramatices, Manuel. Todo consiste en que el agua la han desviado un poco, hasta el canalillo.

—Eso sí, pero que la Mancha se haya quedado sin Guadiana no había pasado en toda la historia.

—Pero riega más que regaba, aunque bañe y luzca menos que bañaba y lucía.

—Ya, ya.

Sentados y recostados en dos árboles medio podridos, liaron los cigarros y quedaron mirando a aquel canal some-ro de tantas aguas idas.

—Cuando niños, nos parecía el río tan hondo, y fíjate.

—Bueno, yo siempre recuerdo que no me cubría. De mozo, a lo más, me llegaba al pecho.

—Cuántas risas y magreos oirían y verían aquellas aguas desde que el mundo es mundo.

—Total, que hemos echado la tarde a tristezas. Menos mal que su alfalfa va bien.

—Eso sí.

Después de un corto silencio se levantó don Lotario, con el cigarrillo en el pico.

—¿Es que ya se ha cansado usted de estar a la orilla... del aire? Iba a decir del agua.

—Tiene gracia eso: a la orilla del aire. A la orilla de la nada estamos siempre.

—Ahora es usted el que ennegrece. No lo he dicho con esa intención. Más bien como chiste.

—Ya, ya. Es que con tanto hablar de aguas me han entrado ganas de hacerlas..., aunque a la orilla del aire...

Siempre estamos a la orilla del aire... En cualquier momento. Perdona.

Y sin quitarse el cigarro de, justamente, debajo de la nariz, se arrimó a una zarzamora grande que se doblaba un poco hacia el cauce y mirando al cielo bajo el ala del sombrero comenzó a hacer sus aguas.

Plinio le echaba reojos, sonriéndillo, porque el veterinario siempre orinaba así, mirando a lo alto, con los ojos un poco guiñados como si el vaciado de su vejiga le produjese amago de cosquillas.

Cuando el hombre acabó con sus aguas y bajó la cabeza como para ver —pensó *Plinio*— cómo le había quedado de gustosa la minina, se le agravó el gesto, quedó mirando fijamente al yerbajoso pie de la zarzamora y sin quitarse ambas manos de donde las tenía, comenzó a llamarlo con voces desproporcionadas a la poca ribera que los separaba.

—¡Manuel, Manuel!... ¡Ven, ven, ven!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Ven, ven! Que me he meao en un muerto.

—¿En un muerto?

—En un muerto que, si no veo visiones, se llama de nombre, de apellido y apodo Manuel García *El Toledano*.

—¿Es posible?

—Como lo oyes.

Plinio, a pesar del rebato, se levantó con sus calmas, se manoteó la culera y fue hacia donde estaba don Lotario ya embraguetándose, pero clavados los ojos en el aparecido.

Cuando *Plinio* estuvo a su altura, el veterinario señaló, estirando la barbilla, al pie de la zarzamora. Y *Plinio*, apartando las ramas bajas con el pie, miró con mezcla de respeto y desconfianza.

—Pues sí que es Manuel García *El Toledano*. ¿Y cómo lo ha conocido usted tan pronto?

—Es que por la vertical de mi chorro se veía muy bien.

Entre las hierbecillas se le columbraba la cara mojada de orina, con los ojos cerrados, pero el gesto muy natural, como de dormido. El cuerpo, más que tumbado, estaba medio vertical, sobre la cuestecilla que hacía la ribera por aquella parte.

—No tiene pinta de muerto.

—Ya lo veo, ya. Pero tú me dirás. Un hombre al que le mojas toda la cara, aunque sea con chorro caliente, y no se estremece...

—Usted que es casi médico reconózcalo.

Don Lotario sacó el pañuelo y con gesto de mucha repugnancia, aunque fuese suyo el líquido a enjugar, le secó el pelo y la cara a *El Toledano* y tiró rápido el trapillo al que fue río. Luego, dejándose escurrir un poco por la pendiente, se arrodilló junto al *Toledano*. Le tomó el pulso, le palpó la frente y le pegó la oreja en la corbata, así medio tumbado, alzando mucho la cara bajo el sombrero algo ladeado:

—Está tan vivo como tú y como yo.

—Qué raro... Hágale cosquillas.

Don Lotario le rascó en los sobacos y Manuel García *El Toledano*, como soñando, dejó escapar una sonrisa nerviosa.

—Se ríe y todo. Qué tío.

—Vamos a subirlo que esté más cómodo.

Lo tomaron de un brazo y de una solapa cada uno y en dos tirones lo dejaron sobre la senda del río. Don Lotario le cruzó los brazos sobre el vientre, porque quedó muy desparramado. Tan grandón y bien vestido, como iba siempre, aunque con arrugas y la calva sucia, ahora estaba echado paralelo al cauce seco.

—¿Y qué hacemos ahora, Manuel?

—Esperar a ver si se despabila... No entiendo qué puede hacer aquí un hombre como éste, solo y sin sentido. Borracho tampoco parece.

Don Lotario le acercó la nariz a la boca entreabierta.

—No huele.